

cultamente la semilla de trigo entre las grietas casi imperceptibles de las duras rocas, y allí crezca, se desarrolle y produzca su fruto natural, tan hermoso como el cultivado en las fértiles vegas de regadío; esto prueba que si por un imposible la semilla de trigo desapareciera en los países donde es cultivada, existiría, empero, incultamente producida en los montes, á los cuales la Providencia divina, por medio de inconscientes avecillas ó mediante el tempestuoso viento, transportaría la suficiente con objeto de que, convenientemente dispuesta, fuera apta para la celebración del Sacrificio de los altares. ¡Qué misterios tan bellos y elevados existen en la Creación, para que nuestro espíritu, llevado en alas del agradecimiento hacia Dios, medite en las bondades divinas!

Resumiendo las ideas precedentes, y deseando ver de un solo golpe de vista la doctrina que de exponer acabo, recordaré que el adorable Sacrificio del Altar ha hecho cesar y hasta olvidar los homicidios y suicidios, que se perpetraban con motivo de las inmolaciones ofrecidas á los demonios; que en cambio nos dispone un Sacrificio purísimo, ventajosísimo, de precio infinito, poco costoso y permanente; que hasta los seres irracionales han experimentado estas inmensas ventajas, viéndose libres de ser inmolados neciamente en honor de los espíritus malos, por parte de los idólatras y en honor del verdadero Dios, por parte del pueblo israelita; que este Sacrificio santo nos salvará, beneficio que no podían conseguirnos los antiguos sacrificios y que, por último, tantos bienes por Él derramados y sobre todo su estabilidad prueban una vez más la verdad del dogma eucarístico, y por consiguiente la Religión Católico-Romana.

¡Hombres que todo lo dudáis, que todo lo criticáis, que lo negáis todo! ¿os habéis fijado en las páginas precedentes? Yo os convido á un rato de lectura y de meditación, y luego que hayáis reflexionado despacio, creo no seréis tan osados que neguéis la verdad de nuestros dogmas y que os moféis de nuestros Sacramentos; si esta conclusión no obtuvierais, creería con fundamento que vuestro cerebro se os había desvanecido por completo.



CAPÍTULO XXIII

La Eucaristía y las Iglesias Orientales heterodoxas

El Oriente; secular teatro de las maravillas divinas en el que se desarrollaron las escenas todas de la Ley antigua, donde repercutió cien veces la palabra del Excelso, y fijaron sus bucólicas tiendas los patriarcas, y vaticinaron los santos profetas. El Oriente; augusta cuna de la Religión única, testigo sin segundo de los prodigios del Hombre-Dios, de las predicaciones de los apóstoles, de la sangre de los mártires, de la pureza de las vírgenes y del heroísmo de los penitentes. El Oriente; arca hermosa de la santidad evangélica, centro del saber cristiano, valiente defensor de los fueros católicos y maestro sabio de todas las Iglesias del Orbe: fué también el primero que vió con intenso dolor rasgada la túnica inconsútil de su fe, practicada violenta escisión en su unidad con la santa Cabeza de la universal Iglesia y reducido su estado eminente de virtud, de saber y de honor á un grado de envilecimiento que entristece pensarlo. Dejemos á un lado indicar la causa de semejantes desgraciados fenómenos, ya que no importa á nuestro estudio. El título de este capítulo, necesario á toda Obra universal eucarística, viene á llamarnos poderosamente la atención sobre las Iglesias Orientales heterodoxas, á fin de que examinemos si éstas, aun llevadas del largo paroxismo de su cisma, han claudicado en la fe de la Eucaristía. Si de nuestro estudio logramos persuadirnos que los cismáticos orientales, después de nueve siglos de pocas veces

interrumpida separación de la Iglesia Romana, conservan en toda su pureza la creencia católica del dogma en cuestión, habremos dado un nuevo mentís á los enemigos de Jesucristo, y añadido otro poderosísimo argumento á favor del Misterio de los altares.

Por cristianos orientales se sobreentienden: 1.º los *nestorianos* de la Persia y de las Indias, que con pocas alteraciones profesan las doctrinas de Nestorio, desde el Concilio de Éfeso (431); 2.º los *jacobitas ó monofisitas* sirios, egipcios ó coptos, y los etíopes que practican con pocas variantes las enseñanzas de Jacobo Zangalo y rechazan el Concilio de Calcedonia (451); 3.º los *armenianos* que siguen también el monofisismo desde el año 527 y 4.º los *griegos cismáticos* que aunque en el año 863, rompieron con la Iglesia Católica, empero vueltos prontamente á la santa unidad, no fué definitivo su horrible cisma hasta que en 1054, Miguel Cerulario consumó la inicua ruptura.

Mas no hay que confundir en manera alguna á todos los precedentes malogrados cristianos, separados de nosotros por la herejía y el cisma, con los orientales ortodoxos que, aprobándolo el Vicario de Jesucristo, siguen diversos ritos, cuyas liturgias en su mayor parte y con muy pocas variantes son enteramente idénticas á las de los orientales heterodoxos. Entre aquéllos se comprenden: 1.º el rito *armenio* establecido en Europa, África y Turquía Asiática; 2.º el rito *copto* que se divide en copto egipcio y copto etiópico ó abisinio; 3.º el rito *griego* que comprende los griegos rumanos, establecidos en Austria-Hungría, los griegos rutenos, residentes en Austria-Hungría y Rusia, los griegos búlgaros, sitos en Constantinopla, Tracia y Macedonia, y los griegos melquitas de Antioquía; 4.º el rito *siriaco* que abarca los sirios propiamente dichos, residentes en Mardín y Mesopotamia, los caldeos de Mossul, los maronitas y los sirios de Malabar.

Acerca de las liturgias de todos estos ritos ortodoxos como las de los heterodoxos, hablaré detenidamente al ocuparme de la Historia universal de la Santa Eucaristía

(Edad Media) á cuyo lugar remito al lector, quien perdonará esta pequeña digresión hecha á propósito para ilustrar nuestro asunto.

Los protestantes, en su afán ridículo de patentizar al mundo los *engaños y farsas de la Iglesia Católica*, respecto á sus sacramentos, ritos y ceremonias, se han empeñado en demostrar que todas estas cosas sagradas no se remontan más allá del V siglo de la Iglesia, en el cual (dicen) la barbarie y la superstición las inventaron. Afirman todavía más; enseñan que el dogma de la Eucaristía, y por consiguiente la presencia real, la transubstanciación, el Sacrificio de la Misa y la adoración al Sacramento Santísimo, no están en uso entre las Iglesias Orientales como lo están entre las Occidentales ó latinas. Ficción grosera que trata de desbaratar por completo el testimonio de los propios orientales, aun los heterodoxos, y en cuyas difusas y variadas liturgias se admira precisamente lo contrario de cuanto aseguran los novadores. Si en el siglo V hubiesen tenido principio los ritos, ceremonias y sacramentos, según la Iglesia Católica nos los propone, con seguridad, ni estarían terminantemente expresos en dichas liturgias, algunas de las cuales son con mucho anteriores á aquella fecha, ni los Orientales heterodoxos, aficionados á arrojar en rostro de la Iglesia latina todo cuanto suponen de ilógico, hubieran dejado de levantar el grito contra semejantes ceremonias, ritos y sacramentos. Vemos por el contrario que jamás lo han practicado: luego no es cierto el argumento protestante.

Á continuación admirará el lector la fe secular en la Eucaristía que profesaron las Iglesias Orientales, trabajo que procuraré insertar con orden y método, á fin de que resulte una especie de síntesis histórica de la fe grande que esos tristes pueblos abrigaron y aun abrigan para con tan alto Sacramento.

I

En primera línea se destaca con vivos coloridos la liturgia de la Iglesia de Jerusalén, llamada comunmente del

Apóstol Santiago, á quien con fundamento se atribuye, pudiendo considerarse además como el prototipo de las liturgias de Oriente, razón por la cual es una de las más usuales. De ella entresacamos estos bellos pasajes que expresan claramente la presencia real de Jesucristo. Dice así: «Los lectores comienzan el himno de los querubines. Que toda carne humana y mortal permanezca en silencio, que se mantenga en temblor y temor, y destierre todo pensamiento terreno. El Rey de los reyes y el Señor de los señores, Cristo Dios Nuestro avanza para ser inmolado y darse en alimento á los fieles. Los coros de los ángeles le preceden». La fórmula de invocación del Espíritu Santo era la siguiente: «Padre Omnipotente; enviad vuestro Espíritu Santo para que al venir haga de este pan el Cuerpo vivificante, el Cuerpo de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo que da á los que le reciben la remisión de los pecados y la vida eterna.» El pueblo responde. Amen, y el sacerdote continúa: «Que haga de la bebida que hay en este Cáliz la sangre del Nuevo Testamento, la Sangre del Señor Nuestro Dios y Salvador Jesucristo».

Recitadas las palabras consagratorias, añade el sacerdote: «Creemos, nos acercamos, signamos y rompemos esta Eucaristía, el Pan celestial, el Cuerpo del Verbo del Dios vivo. Que vuestro santo Cuerpo y vuestra Sangre sean la vía que nos conduzca á vuestro reino».

Llegado el momento de la Comunión se expresa el diácono en estos breves términos. «Inclinad la cabeza ante el Dios de misericordia y el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Salvador».

Al tomar la Partícula con la cucharilla dice: «Yo te tengo en mis manos á Tí que llenas la tierra; yo te llevo á Tí que eres el Señor de los abismos. ¡oh Dios! yo te pongo en mis labios».

Las liturgias de S. Basilio y de S. Juan Crisóstomo, que ofrecen en general grandes analogías, no son menos expresivas. Poco antes de la Comunión, el celebrante divide la Hostia en cuatro partes y dice: «El Cordero de Dios, el Hi-

jo del Padre es dividido y repartido; es dividido y permanece todo entero; es siempre comido y nunca consumido, pero Él hace santos á los que le reciben». Ya en el momento de la Comunión, el diácono dice al celebrante: «Dadme, Señor, el precioso y santo Cuerpo de Nuestro Señor Dios y Señor Jesucristo», y el sacerdote, alargándole una de las partes de la Hostia, añade: Yo os doy el precioso, santo y purísimo Cuerpo de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo para la remisión de los pecados y para la vida eterna».

La liturgia de los Armenios, atribuída á S. Atanasio, á S. Basilio y á S. Juan Crisóstomo, presenta muchas semejanzas con las anteriores. El sacerdote, para unirse al *Sanctus* que cantan los clérigos, dice en secreto, con los brazos extendidos: «Santo, Santo, Santo; Vos existís en la realidad y lleno de santidad. ¿Quién presumiría poder expresar con palabras la profusión de vuestra inmensa ternura para con nosotros? Vos que desde el principio, lleno de solicitud por el hombre caído lo habéis socorrido de tantas maneras por los profetas, por las promulgaciones de la ley y por un sacerdocio que os ofrecía figurativamente becerros! Después, al fin de los tiempos prefijados, queriendo anular el anatema lanzado contra nuestros crímenes, nos habeis dado á vuestro único Hijo, para pagar nuestras deudas y hacerse nuestro rescate, para ser la Hostia y el Sacrificador, el Cordero y el Pan celestial, el Soberano Sacerdote y el Sacrificio. En efecto, es el distribuidor, y viene Él mismo para ser distribuído en medio de nosotros sin consumirse...

Tomando en seguida el pan en sus manos santas, divinas, inmortales, inmaculadas y creadoras, lo bendijo, dió gracias, lo partió, lo dió á sus discípulos escogidos, santos y comensales suyos, diciendo: Tomad, comed: éste es mi Cuerpo que por vosotros y por muchos se distribuye para la expiación y remisión de los pecados.—Los clérigos: Amén.

El sacerdote en voz baja: Igualmente, tomando el cáliz lo bendijo †, dió gracias, bebió de él, lo dió á sus escogidos y santos discípulos, sus comensales, diciendo: Bebed

todos de él—ésta es mi sangre de la Nueva Alianza, que por vosotros y por muchos es derramada para la expiación y la remisión de los pecados.—Los clérigos: Amén.

Mientras el celebrante rompe la santa Hostia en tres partes, cantan los clérigos: «Cristo sacrificado se distribuye á nosotros. Aleluya. Su Cuerpo se da en alimento y su Sangre sagrada se derrama entre nosotros; aleluya. Acercaos al Señor y llenaos de su luz; aleluya. Gustad y ved cuán suave es el Señor; aleluya. Pan de vida y de inmortalidad, alimento santo é inefable, venerable Sacramento que habéis bajado del cielo para reanimar á los hombres, vida viviente y vivificante, dadnos á nosotros, famélicos mortales, el alimento de vuestra suavidad».

He aquí algunas preces de la liturgia de los nestorianos, atribuída al heresiarca Nestorio. «En el momento en que el sacerdote sube al santuario, los ejércitos de los espíritus bienaventurados están sobre él y miran al sacerdote que parte y divide el Cuerpo de Jesucristo para la remisión de los pecados... Nosotros, fieles todos, confesamos con gozo espiritual, sin duda ninguna, que vemos en el santo altar al Cordero de Dios que todos los días es sacrificado sacramentalmente, aunque viva en la eternidad, y que es distribuído á todo el mundo, y ni se consume ni se disminuye... Nosotros todos los que nos acercamos para gozar de las delicias de esos gloriosos y divinos misterios, confesemos y adoremos juntos al Señor de todas las cosas, y recibamos con piedad y fe el Cuerpo del Hijo que ha sido inmolado para nuestra vida... y ved que ha sido traído al altár, de la diestra del Padre que lo ha enviado. Y aunque sea uno é incapaz de ninguna división, sin embargo, es sacrificado todos los días en la Iglesia, sin que padezca, por nuestros crímenes. Venid, acerquémonos con respeto al Sacrificio de este Cuerpo que santifica todas las cosas y gritemos todos juntos y digámosle: *Gloria tibi*».

La fórmula de la consagración en la liturgia del Malabar, que los portugueses hallaron en uso entre aquellos cristianos, presos de los errores nestorianos, es la que sigue:—

Hoc est in veritate corpus meum. Hic est in veritate calix sanguinis mei qui pro vobis et pro multis effundetur in debitorum propitiationem et in peccatorum remissionem, et hoc erit vobis pignus in sæcula sæculorum.—No está de más advertir que la adición de esas pocas palabras al texto evangélico, aunque ilícitamente proferidas, únicamente servían para reforzar la fe de los pueblos en el Misterio eucarístico. Por lo demás, cuando el sacerdote toma el cáliz consagrado para comulgar, dice: «Que la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo que reconcilia el mundo nutra mi Cuerpo y mi alma en este siglo y en el otro»; y volviéndose hacia el pueblo añade: «Hermanos míos; recibid el Cuerpo del mismo Hijo de Dios; os lo dice la Iglesia, y bebed su Cáliz».

No es menos explícita la liturgia maronita, cuando á continuación de la Comunión añade: «¡Oh Cristo! pan verdadero que ha bajado del cielo y que ha sido para nosotros un manjar imperecedero; librad nuestros cuerpos y almas del infierno que no se extingue».

Asimismo, la liturgia de los sirios jacobitas aduce, después de efectuada la consagración, la oración siguiente: «Aquél á quien Moisés vió en la zarza y Ezequiel en su carroza, ese mismo es el que está en el altar y los pueblos lo reciben y viven. ¡Oh Dios que en vuestra misericordia habéis recibido con agrado el sacrificio de los antiguos justos! recibid también del mismo modo en vuestra misericordia nuestro sacrificio». Después de la fracción de la Hostia, añade: «¡Oh Dios! El Verbo ha padecido verdaderamente en la carne y ha sido inmolado y quebrantado en la crucifixión. Lo creemos y lo confesamos, y de igual modo proclamamos que aquí está el Cuerpo de esa Sangre y la Sangre de ese Cuerpo».

La liturgia de S. Gregorio, que usan los egipcios, dice terminantemente por boca del celebrante: «Señor, por vuestra sola palabra cambiad los dones que os han sido presentados. Enviad sobre nosotros la gracia de vuestro santo Espíritu para que sean santificadas y cambiadas estas oblaciones que están en vuestra presencia en el Cuerpo y en la San-

gre á quien debemos nuestra salud. Haced de este pan ¡oh Señor Dios! vuestro Cuerpo Sagrado que ha sido dado para la remisión de los pecados y para la vida eterna de los que lo reciben. Haced también de este Cáliz ¡oh Señor Nuestro Dios y Señor Jesucristo! la Sangre preciosa de vuestro Nuevo Testamento que ha sido dada para la remisión de los pecados y para la vida eterna de los que de ella participan». Unas palabras semejantes se leen en la liturgia egipcia atribuída á S. Cirilo.

La hermosa liturgia etiópica que reconoce por autor á S. Frumencio, según algunos, y á los monjes egipcios del siglo V, según otros, es una de las obras más expresivas y devotas. Una vez que el sacerdote ha pronunciado sobre el pan las palabras de la consagración, el pueblo responde: «Amén, amén, amén. Creemos y estamos ciertos. Os alabamos, Señor; éste es verdaderamente vuestro Cuerpo y nosotros lo creemos»; y después de la consagración del cáliz añaden los fieles: «Ésta es verdaderamente vuestra Sangre. Lo creemos».

Según esto podemos deducir que todas, absolutamente todas las liturgias orientales ortodoxas y heterodoxas, que estuvieron en uso desde el principio de la Iglesia hasta mucho antes del cisma del sacrílego Focio, no pueden expresar de mejor manera que lo expresan, lo que pensaban los Orientales acerca del Misterio de los altares, cuyo Sacrificio celebraban sirviéndose de las liturgias referidas. No hay lugar á duda de que todavía hoy se sirven de las mismas para idénticos fines, con lo cual excusa añadir que la creencia de los mencionados Orientales en la soberana Eucaristía es absolutamente la misma que la que profesaron en los siglos primitivos.

II

Pero podrá objetarse: Ciertamente y fuera de toda duda es la argumentación anterior; mas no deja de ser también probable que, una vez rota la unidad de la Iglesia en el siglo IX, merced á los escándalos de Focio, los pueblos que arrastra-

dos fueron por las seducciones del impío heresiarca cayesen en el error antieucarístico, ya que indudablemente incurrieron en otros errores gravísimos. Respondamos.

La historia eclesiástica revela que Focio rompió con la Iglesia, no porque sintiera mal de sus dogmas y mucho menos del dogma eucarístico, sino porque el Papa S. Nicolás, obrando como Juez inflexible, no quiso reconocerle como Patriarca de Constantinopla en cuya silla, Focio, intrusamente se había sentado. Por más que este sacrílego hizo menos caso de la intimación hecha por el Vicario de Jesucristo; por más que tuvo la osadía y el descoco de seguir llamándose Patriarca de Constantinopla, al que añadía el título de *ecuménico*, no obstante la excomunión fulminada por el Pontífice Soberano: empero ni él ni su ficticio patriarcado dejaron de creer en la augusta Eucaristía, según el tenor de la Iglesia Católica. Esto se prueba patentemente por la Circular que el mismo Focio redactó, en la cual amontonó todas las acusaciones (destituídas de fundamento por supuesto) contra los latinos, y entre ellas, que fueron cuatro, nada hablaba sobre la fe del Sacramento Santísimo.

Que su patriarcado continuase en lo sucesivo creyendo de la propia manera lo vamos á estudiar, valiéndonos del testimonio de dos escritores orientales heterodoxos de aquellos tiempos.

Á mediados del siglo X aparece en la escena de la iglesia cismática, Severo, obispo de Aschmonin en la Tebaida, famoso doctor y escritor entre los jacobitas quien, en sus sabias *Cuestiones y Respuestas teológicas*, dice lo siguiente: «Alguien, interrogándonos sobre la Eucaristía, nos preguntará por qué y cómo creen los cristianos que el pan y el vino se han convertido en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Es preciso responder que los cristianos tienen de ello seguridad por las palabras con que ha declarado Jesucristo que aquello era su Cuerpo y su Sangre; y reciben estas palabras con tanta razón como las demás con que ha enseñado, ordenado ó prohibido algo... Su fe es confirmada por lo que el Padre dice de su Hijo desde lo alto del cielo. *Escuchadle.*—